

# EL NUEVO MISTERIO DEL VIEJO CONFUCIO

ejército, que se dice que han sido depurados estos días, hubiese algunos de éstos.

La Constitución que se está preparando —y que debe reemplazar a la de «caramelo» promulgada por Papadópulos y aceptada por referéndum, definitivamente apartada ya antes de haber empezado a funcionar realmente— puede ser un terreno de batalla para estas fuerzas opuestas. Quizá lleguen a un pacto, a un compromiso; pero quizá haya una ruptura y un nuevo golpe interior.

Todo parece indicar que el incidente no ha terminado. Los elementos que hay que tener en cuenta ahora son: la fuerza del pueblo griego hacia la democracia, que no ha cedido —más bien se ha acrecentado— a pesar de las represiones de los últimos seis años, como han demostrado los movimientos de la primera quincena de noviembre; los diferentes puntos de vista entre los actuales dirigentes de Atenas; las posibilidades de un cambio de situación —a mejor o a peor— en las actuales tensiones internacionales en la zona del Mediterráneo oriental, donde las islas y la Grecia continental son tan importantes; la mejora o el empeoramiento de la situación económica y social, que está sin resolver desde 1967 —y, naturalmente, desde antes—, sobre la que recaen actualmente los problemas de la crisis de energía y de la recesión internacional; las presiones que puedan hacer los países de la Comunidad Europea, sobre todo, en un momento en que necesitan revisar rápidamente su política común, y la necesidad que tenga Grecia de formar parte de esta Comunidad y de restaurar su economía por la vía del Mercado Común.

La misma manera con que el nuevo régimen está manejando la situación por el momento, la necesidad de plegarse a tácticas y a ambigüedades, de no llenar las cárceles y hasta de liberar a algunos presos políticos y prometer la libertad de los estudiantes detenidos —sin embargo, todavía están en las prisiones— indican que nada está concluido todavía y que la forma enteramente dura no se puede aplicar en estos momentos a Grecia. ■ J. A.

China ha vuelto a enzarzarse en una disputa filosófica acerca de Confucio. El hecho de que Confucio gobernase y enseñase sus doctrinas hace dos mil quinientos años —exactamente, vivió entre el 551 y el 479 a. de C.— hace pensar que esta pasión y estos estudios no se refieran concretamente a él, sino que se trate de una de las metáforas propias de los países donde la claridad es peligrosa. Cuando se escribe Confucio, ¿se está queriendo escribir Chu En-lai? ¿Quizá Mao Tse-tung? ¿Hay alguna referencia a las relaciones con la URSS, a la posibilidad de introducción de la noción de beneficios en la agricultura? ¿Puede sospecharse que incluso se está hablando de Confucio, cuya influencia no ha dejado nunca de sentirse en Asia? Un dato de los sinólogos: cuando hace unos años empezó a discutirse a Confucio, es que estaba comenzando la revolución cultural. Ahora, unos días antes del X Congreso del Partido, el filósofo Yang Jung-kou publicó un artículo sobre Confucio bastante severo. Explicaba que cuando las fuerzas del feudalismo —que representaba un movimiento progresivo en su tiempo— comenzaban a poner un poco de orden en la anárquica casa china, Confucio realizó un esfuerzo para restaurar el antiguo orden esclavista y para sostener las antiguas «relaciones de producción».

La época de Confucio fue la del final de la dinastía Chu, que se iba haciendo débil; el emperador se había convertido en figura decorativa, los vasallos se iban haciendo independientes, los comerciantes y los campesinos comenzaban a ganar en importancia a los príncipes. Cuando Confucio llegó a ser primer ministro, trató de restaurar el orden antiguo. «Yo no he creado nada —decía a sus discípulos—: lo único que he querido es restaurar la tradición». Pero sin perder de vista el presente: «Aprender de los antiguos, pero en el marco de nuestro tiempo». Lo que veía suceder en torno suyo le parecía no una evolución ni una revolución, sino una inmensa corrupción. Su acción, sobre todo, era la de un moralista, de la línea de los guardianes del orden. Todo poder viene de Dios —del Cielo, decía— y se manifiesta en los Sabios. Es único y en forma de pirámide. «En el Cielo no hay dos soles; en la Tierra, no hay dos reyes. En una familia no hay dos jefes; estar arriba no puede ser estar dos veces arriba. Esto muestra que el pueblo debe dividirse en señores y súbditos. Pero si el señor no recuerda en las ceremonias la existencia del Cielo,

los grandes ministros no recordarán la existencia del señor. Puede temerse que, entonces, el pueblo tenga dudas». Quien ejerce este poder debe ser de una pieza, inmóvil, eternamente igual a sí mismo: «Gobernar su país con la virtud y la capacidad necesarias es parecerse a la estrella polar, que permanece inmóvil en su sitio mientras las otras estrellas circulan a su alrededor y la toman por guía». La sociedad debe estar gobernada por una «élite», por unos Superhombres (los Caballeros): no tienen por qué serlo de nacimiento, sino formados en el estudio, conocedores de la administración del estado. No necesitan, sin embargo, ejercer la crueldad. «No es preciso matar para gobernar. Cuando el Príncipe quiere el bien, el pueblo es bueno. La virtud de los señores es como el viento; la del pueblo, como la hierba. El viento que pasa sobre la hierba la inclina, con toda seguridad». Porque la naturaleza del hombre es buena, «la naturaleza del hombre es, naturalmente, buena, como el agua discurre, naturalmente, hacia abajo. Pero si comprimiendo el agua con la mano se la hace saltar, podrá hacérsela sobrepasar la altura de uno mismo. Si al oponérsele un obstáculo se la hace remontar su curso hacia el manantial, ¿podrá llamarse a eso la naturaleza del agua? Es un efecto de la presión. Los hombres pueden ser llevados a hacer el mal: su naturaleza lo permite de esa manera». La imagen del reino es la de la fami-

lia, base absoluta de la sociedad. El soberano es un Padre; pero el Padre es un soberano. «El hijo debe cubrir las necesidades de sus padres antes que ninguna otra cosa; su mujer y sus hijos vendrán después». Pero «Hoy, para que alguien se considere con devoción filial, le basta con alimentar a sus padres. Pero también uno alimenta sus perros y sus caballos. Si no añade la veneración, ¿qué diferencia puede haber?». El trabajo en la familia debe ser objeto de una división entre el hombre y la mujer, con campos de acción privados. La esposa puede ser repudiada por siete razones: desobediencia a sus suegros, no tener hijo varón, adulterio, celos por las concubinas, lepra, hablar demasiado y robo. Pero puede haber tres atenuantes que la eviten ser repudiada: la ausencia de familia que pueda recogerla, haber llevado durante tres años luto por sus suegros y el cambio de fortuna de su marido (que se case con un hombre pobre y éste prospere). Tecnócrata, paternalista, autoritario, Confucio dotaba de modernidad a sus viejas tradiciones, añadiendo otras virtudes para el soberano y para el Caballero: no ambicionar fortuna propia, amar la justicia sobre todas las cosas, odiar la guerra («no hay guerras justas», decía), no considerar la existencia de clases sociales (no hay más diferencias que las de la educación, y todos deben ser educados de la misma manera) y el ejercicio per-



Los artículos y discursos del nuevo anticonfucianismo parecen dirigidos no a Mao, cuyos valores actuales están por encima de cualquier Confucio, sino a Chu En-lai, al que los atacantes consideran como alguien que intenta restaurar las tradiciones sin adecuarlas excesivamente a los tiempos actuales.

sonal de la virtud más acendrada en el gobernante.

Su acusación contra la corrupción política del lenguaje merecería ser leída hoy muy atentamente. Hay pocas enseñanzas más adecuadas y más reales. «Lo esencial —decía— es emplear denominaciones correctas. El hombre superior experimenta una especie de duda ante aquello que no conoce bien. Si las denominaciones no son exactas, correctas, entonces las instrucciones que contienen no responden a ellas como es necesario; cuando las instrucciones no responden a las denominaciones de personas o cosas, los asuntos no pueden ser tratados como es necesario. Si los asuntos no se tratan como es necesario, entonces los ritos y la música no alcanzan su honor; si los ritos y la música no alcanzan su honor, entonces las penas y los suplicios no alcanzan nunca su objeto de equidad y justicia, y entonces el pueblo no sabe dónde posar sus pies y tender sus manos. Por ello, el hombre superior, en los nombres que da, debe hacer de forma que sus instrucciones respondan a ellos exactamente». En un tiempo, en el que se han perdido las denominaciones de las cosas, como es el nuestro, las provisiones de Confucio se han cumplido o se están cumpliendo.

La revisión de Confucio comenzó en China en 1919, en la época del resurgir nacionalista. «Odio a Confucio desde mi niñez», dice Mao. Pero, ¿hay confucianismo en la actual vida política y social china, un confucianismo que se pueda atacar ahora? Los artículos y los discursos del nuevo anticonfucianismo parecen indicar —según los observadores— una crítica a la escala demasiado severa de jerarquías, concebida en la forma piramidal propia de Confucio: en su cúspide estaría Mao, pero no es a Mao a quien irían dirigidos los ataques —sus valores actuales están por encima de cualquier Confucio; es indiscutible y, además, su época está terminando—, sino a Chu En-lai. Los atacantes le consideran, si la interpretación es correcta, como alguien que intenta restaurar las tradiciones —en este caso, las tradiciones del primer momento de las revoluciones nacionalistas— sin adecuarlas excesivamente a los tiempos actuales. Confucio recomendaba que para gobernar se eligiesen los ministros entre las personas conocidas, y, por lo tanto, seguras, y que el principal principio de gobierno era éste. El regreso a los puestos clave del país de hombres de la «primera hora» o de la «vieja guardia», leales a Chu, ¿es confucianismo? ¿O bien es una forma de ayudar a liquidar la revolución cultural? En ese caso, Lin Piao sería Confucio, y los guardias rojos serían los «Superhombres», la élite de gobierno, los dotados de las máximas virtudes.

El enigma está sin aclarar. La idea de que simplemente se esté hablando de Confucio y de su tiempo no parece admisible para quienes estiman que en China no se habla de nada que no tenga una aplicación político-didáctica inmediata.

## ALGUNOS PROVERBIOS DE CONFUCIO

«El hombre superior es liberal con todos los hombres, pero no es parcial; el hombre inferior es parcial, pero no es liberal con todos».

«El hombre superior se desarrolla elevándose; el hombre inferior se desarrolla hundíéndose».

«Un hombre que sirve a su rey y encuentra que por tres veces sus consejos son rechazados, y no abandona el país, se prende a su puesto por el sueldo que percibe. Aunque diga que no es el sueldo lo que le atrae, no ha de creerlo».

«Un caballero se avergüenza de que sus palabras sean mejores que sus hechos».

«Saber qué es lo que sabe y saber qué es lo que no sabe es la característica del que sabe».

«Las mujeres y el pueblo inferior son los seres más difíciles de tratar. Cuando uno se familiariza con ellos, se hacen descarados; cuando se les ignora, se resenten».

«Odio las cosas que se parecen a las cosas reales, pero no son las cosas reales. Odio la cizaña, porque se mezcla con el maíz; odio a los que pretenden caer en gracia, porque se mezclan con los hombres de valía; odio a las personas de palabra voluble, porque se confunden con la gente honesta. Odio la música de Cheng, porque se confunde con la música clásica. Odio el color púrpura, porque se confunde con el color rojo. Odio los afectadamente buenos, porque se confunden con la gente virtuosa».

«En un mundo culto tenemos una cultura floreciente, y en un mundo inculto tenemos unos discursos floridos».

«Si un gobernante no rectifica su propia conducta, ¿cómo podrá rectificar la de otros?».

«El pueblo debe tener suficiente para comer, debe tener un ejército suficiente y debe tener confianza en su gobernante. Si hubiera que eliminar una de esas tres cosas, eliminaría primero al ejército. Si tuviera que eliminar también otra, eliminaría los alimentos. Porque siempre ha habido muertes en cada generación, pero una nación no puede subsistir a menos de que tenga confianza en su gobernante».

«Leer sin pensar nos hace una mente desordenada, y pensar sin leer nos hace desequilibrados».

«El tipo de instrucción que se basa en recordar las cosas para contestar las preguntas de la gente no califica a nadie para ser maestro».

«La gente joven debe actuar como buenos hijos en el hogar, amables y respetuosos en la sociedad; deberían ser cuidadosos y leales en su conducta, amar al pueblo y asociarse con las personas bondadosas. Si después de aprender todo esto les quedan algunas energías, dejad que lean libros».

«Respetad los espíritus del cielo y de la tierra, pero mantenedlos a distancia».

«¡Qué suerte tengo! Cuando co-

meto un error, tengo la seguridad de que el pueblo ha de descubrirlo».

«Tú eres inteligente, ¿no es cierto? Yo no tengo tiempo para esas cosas».

«Olvidad vuestra historia. Lo que ha pasado, ha pasado. No tratéis de remediar el pasado».

«Si el gobernante no ama el dinero, el pueblo no robara aunque el gobernante recompensara a los ladrones».

«No sabemos todavía cómo servir al hombre; ¿cómo podemos hablar de servir a los espíritus? No sabemos todavía nada de la vida: ¿cómo podemos pretender saber de la muerte?».

«El hombre superior odia a los que gustan de criticar al pueblo y revelar sus debilidades; odia también a aquellos que, ocupando posiciones inferiores, gustan de hacer correr rumores malignos sobre los que ejercen la autoridad. Odia también a los que están seguros de sí mismos y no son liberales. Yo odio a los que gustan de espiar a los otros y piensan que son inteligentes. Odio a los que piensan que son bravos y son simplemente ingobernables. Y a las personas viles que pretenden ser caballeros honestos».

«Un hombre que parece digno y austero, pero que por dentro es hueco y débil me causa el mismo efecto que un pequeño ratero que penetra en una casa, por un agujero, al amparo de la noche».

## VIDA DE CONFUCIO

Confucio (Kung Fu-tsé) nació en una familia noble en el año 551 antes de Cristo; su padre murió cuando tenía tres años; cursó hasta los quince los «pequeños estudios» (maneras, educación, talento, comportamiento) y después los «grandes estudios» (instrucción); a los diecisiete años fue funcionario —oficial medio— en la administración del grano; fue querido en la corte. A los diecinueve años se casó, tuvo un hijo, y el soberano le envió como regalo una carpa; el hijo fue nombrado Carpa. Tuvo luego una hija, y ya no conoció más descendencia. Su cargo de funcionario le hizo pasar por diversos ministerios: el del Ocio —donde se ocupó de la artesanía—, la dirección de Ganados —la repoblación ganadera— y llegó a ser «Director de Malhechores»: un equivalente del ministerio de Justicia, encargado de ritos y castigos. Abrió su primera escuela a los veintidós años; algunos de sus discípulos de entonces vivieron junto a él durante toda su vida y propagaron luego distintas escuelas de confucianismo. En el año 525 antes de Cristo se entrevistó con Lao Tsé, fundador del taoísmo. Lao Tsé era gran analista, guardián de los Archivos Imperiales, pero vivía en una montaña semidesnuda, en soledad. Lao le explicó su teoría de «no actuar»: forzar la naturaleza

por el trabajo, el estudio y el deseo de progreso era hacer a los hombres desgraciados, insatisfechos, codiciosos, desgraciados. Confucio escuchó estas palabras: «No hay nada que ganar en convertirse en sabio entre los hombres, y hay todo que perder en llegar a ser un ministro entre los hombres». Confucio se retiró, meditó durante tres días y confesó que no estaba bien seguro de haber comprendido. De hecho se convirtió no sólo en sabio, sino en ministro, y no sólo en ministro, sino en primer ministro. A los treinta y seis años, tras un golpe de estado, Confucio emprendió una larga peregrinación por todo el país, seguido por sus discípulos y sus servidores, aconsejando a los principales feudales. Regresó a los diez años, ejerció durante cinco el cargo de primer ministro y emprendió un nuevo viaje. Llegó al estado de Oé; parece que allí tuvo una relación escasamente austera con la reina y debió salir de nuevo. Viajó sin cesar los sesenta y ocho años, hasta que regresó a su estado natal, Lu, donde fue recibido con todos los honores, pero sin ningún cargo oficial. Escribió nuevos libros sobre rito, ceremonias y música —a la que amaba profundamente—; escribió una historia del reino y pasó en la tristeza —la vejez le alcanzaba, murió su esposa, mu-



Confucio.

raron sus principales discípulos—, hasta que murió el año 479 antes de Cristo, a los setenta y dos de su edad. Desde entonces comenzó a escribirse sobre él y a concedérsele honores póstumos, hasta el título de Emperador, que se le otorgó un siglo después de su muerte. Pero en el año 213, el Emperador Cho Roang-ti ordenó quemar todos los libros del imperio, y así se perdió gran parte de la obra de Confucio. Unos cuantos consiguieron ser salvados y otros se reconstruyeron según la transmisión oral.